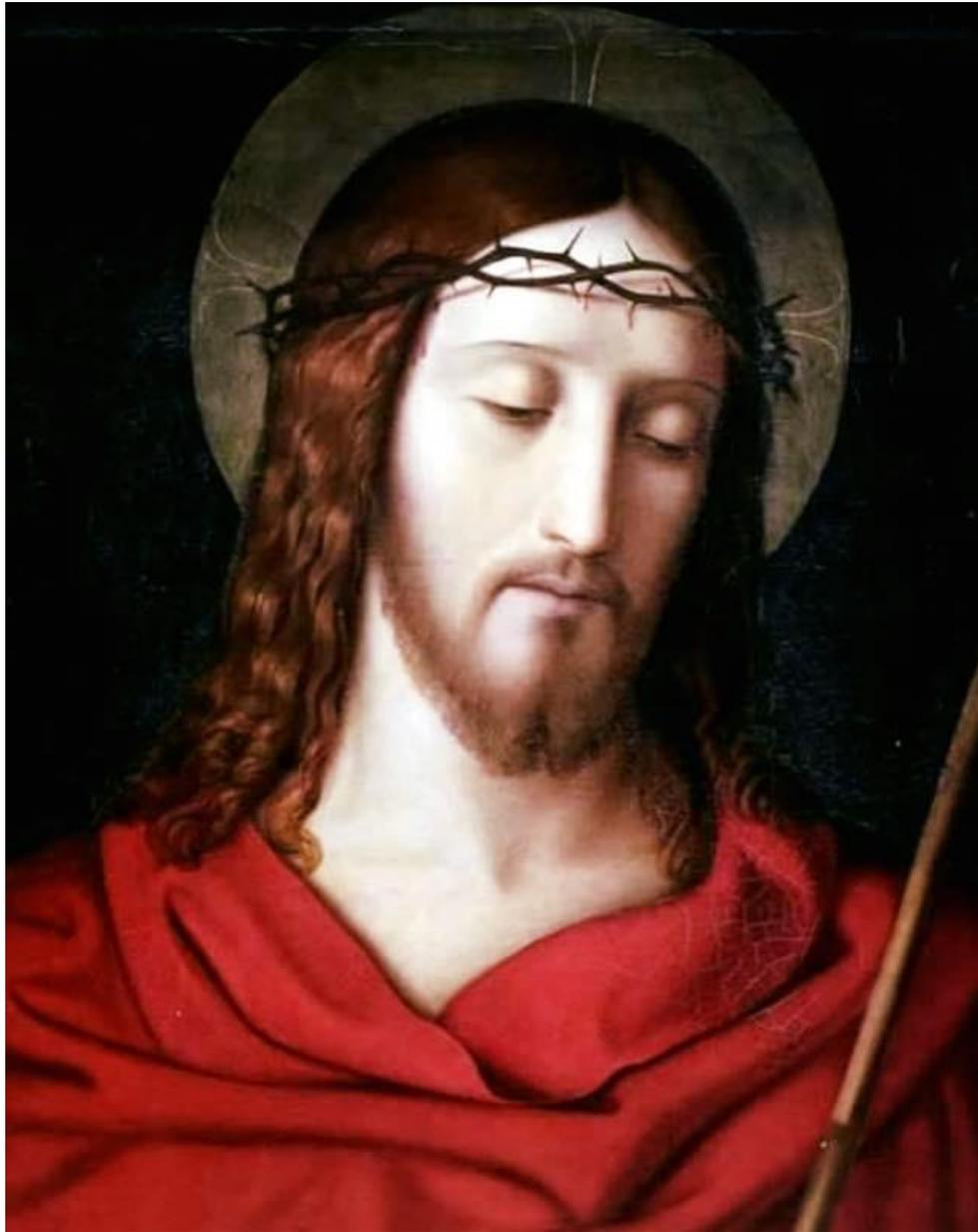


MIÉRCOLES DE CENIZA



ARQUIDIÓCESIS DE MONTERREY
14 DE FEBRERO DE 2018

INTRODUCCIÓN

“La Cuaresma es un tiempo privilegiado que nos prepara a la vivencia de la Pascua”

Muchas veces pensamos y actuamos como si la Cuaresma fuera un tiempo de preparación para la Semana Santa y casi todo tiende a prepararnos para esos días: Ejercicios Espirituales, penitencias, *via crucis*, ayunos, ramos, agua bendita, monumento, etc. Pero la Cuaresma tiene un sentido más amplio, hasta me atrevería a decir “espejado” con la Pascua.

Es decir, al pensar en “Cuaresma” debo pensar mejor dicho en “Pascua”. Sí, primero tengo que planear la Pascua, sí, los cincuenta días que la conforman y no solo en la Semana Santa o en el Triduo Pascual, que sin restarles su basilar importancia... ya no necesitan de tanta promoción. En cambio, la cincuentena pascual sufre de una notoria apatía tanto celebrativa como vivencial.

En el marco de nuestro plan anual “La Parroquia Renovada” conviene que pensemos y reflexionemos qué tipo de Pascua queremos vivir y testimoniar:

1. La Pascua es el tiempo litúrgico que la Iglesia nos ofrece para presentar a la humanidad una ventana de lo que es la vida en el cielo.
 - a) La Pascua está formada por 50 días (7 semanas + 1 día: $7 \times 7 = 49 + 1 = 50$) y ($7 + 1 = 8$) lo que quiere decir que 50 y 8 significan lo mismo, es decir, la vida eterna (de hecho el “8” acostado es la representación de lo infinito).
 - b) Los cincuenta días de fiesta (que deben festejarse como si fuera un solo día) se abren, como toda celebración litúrgica en tres dimensiones: la histórica, la presente y la escatológica (fin del mundo).
 - c) Históricamente trae a nuestra memoria la resurrección de Cristo, sus últimas recomendaciones a sus apóstoles y discípulos, el envío universal, su gloriosa ascensión, la venida del Espíritu Santo y, la inauguración del ministerio apostólico en la Iglesia.
 - d) Para el presente debe iluminar nuestra concreta realidad reflejada en el espejo de lo que Dios nos tiene prometido como vida eterna, como la salvación definitiva, como la consolidación de Reino Universal del Cristo, como la victoria definitiva sobre el pecado y la muerte y, por supuesto la resurrección de los muertos. Debe no solo iluminar esta realidad (PASTORAL CATEQUÉTICA) sino además testificarla como auténtica (PASTORAL SOCIAL) de tal modo, que año tras año, hasta que el Señor regrese, estas realidad se vuelven cada vez más claras y evidentes pues van purificando y cambiando este mundo en aquel que un día, por la gracia de Dios, esperamos alcanzar.
 - e) Así al considerar y contemplar esta visión-realidad de la vida eterna, la Iglesia en fuerza del Espíritu Santo, va tensionando la vida de los hombres y mujeres, de las culturas e instituciones hacia esa vida eterna hasta que la segunda venida de Cristo sea una realidad.
2. La Asamblea Eclesial Diocesana haciéndose eco de la Exhortación Post-sinodal: *Evangelii Gaudium*: quiere que nuestra iglesia diocesana se una IGLESIA DE PUERTAS ABIERTAS Y EN SALIDA. Una iglesia de destierre el desinterés, que se sensibilice, que sea más amable, más atenta a las necesidades y sufrimientos de sus hermanos.

Que las parroquias sean verdaderas comunidades que superen el espiral egoísta de sus propias necesidades y se abra a las necesidades de las parroquias menos favorecidas o en inicial desarrollo.

Finalmente, recordar que la celebración de la imposición de la ceniza, en este tiempo, la debemos considerar más como un signo positivo: acelerar en nosotros el crecimiento de la gracia. De la misma manera que los antiguos pastores quemaban los pastizales secos a fin de provocar, incentivar el retoño de los pastos, pues al quemar la hierba seca que impedía que la luz del sol calentara la tierra, los nuevos brotes tardaban en aparecer, en cambio, sin nada que impida a los rayos del sol calentar la tierra, la raíz de las pastas estimula el crecimiento de los brotes... así nuestro Miércoles de Ceniza, si bien todos somos pecadores, no es el afán de la Iglesia de estarlo recordando lastimosamente todos los años, más bien, suscitar en nosotros esa “prisa” de que brote en nosotros con mayor fuerza, la gracia de Dios.

P. Jorge Rodríguez Moya
Secretario

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA CUARESMA 2018

«Al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría» (Mt 24,12)

Queridos hermanos y hermanas:

Una vez más nos sale al encuentro la Pascua del Señor. Para prepararnos a recibirla, la Providencia de Dios nos ofrece cada año la Cuaresma, «signo sacramental de nuestra conversión»^[1], que anuncia y realiza la posibilidad de volver al Señor con todo el corazón y con toda la vida.

Como todos los años, con este mensaje deseo ayudar a toda la Iglesia a vivir con gozo y con verdad este tiempo de gracia; y lo hago inspirándome en una expresión de Jesús en el Evangelio de Mateo: «Al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría» (24,12).

Esta frase se encuentra en el discurso que habla del fin de los tiempos y que está ambientado en Jerusalén, en el Monte de los Olivos, precisamente allí donde tendrá comienzo la pasión del Señor. Jesús, respondiendo a una pregunta de sus discípulos, anuncia una gran tribulación y describe la situación en la que podría encontrarse la comunidad de los fieles: frente a acontecimientos dolorosos, algunos falsos profetas engañarán a mucha gente hasta amenazar con apagar la caridad en los corazones, que es el centro de todo el Evangelio.

Los falsos profetas

Escuchemos este pasaje y preguntémonos: ¿qué formas asumen los falsos profetas?

Son como «encantadores de serpientes», o sea, se aprovechan de las emociones humanas para esclavizar a las personas y llevarlas adonde ellos quieren. Cuántos hijos de Dios se dejan fascinar por las lisonjas de un placer momentáneo, al que se le confunde con la felicidad. Cuántos hombres y mujeres viven como encantados por la ilusión del dinero, que los hace en realidad esclavos del lucro o de intereses mezquinos. Cuántos viven pensando que se bastan a sí mismos y caen presa de la soledad.

Otros falsos profetas son esos «charlatanes» que ofrecen soluciones sencillas e inmediatas para los sufrimientos, remedios que sin embargo resultan ser completamente inútiles: cuántos son los jóvenes a los que se les ofrece el falso remedio de la droga, de unas relaciones de «usar y tirar», de ganancias fáciles pero deshonestas. Cuántos se dejan cautivar por una vida completamente virtual, en que las relaciones parecen más sencillas y rápidas pero que después resultan dramáticamente sin sentido. Estos estafadores no sólo ofrecen cosas sin valor sino que quitan lo más valioso, como la dignidad, la libertad y la capacidad de amar. Es el engaño de la vanidad, que nos lleva a pavonearnos... haciéndonos caer en el ridículo; y el ridículo no tiene vuelta atrás. No es una sorpresa: desde siempre el demonio, que es «mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8,44), presenta el mal como bien y lo falso como verdadero, para confundir el corazón del hombre. Cada uno de nosotros, por tanto, está llamado a discernir y a examinar en su corazón si se siente amenazado por las mentiras de estos falsos profetas. Tenemos que aprender a no quedarnos en un nivel inmediato,

superficial, sino a reconocer qué cosas son las que dejan en nuestro interior una huella buena y más duradera, porque vienen de Dios y ciertamente sirven para nuestro bien.

Un corazón frío

Dante Alighieri, en su descripción del infierno, se imagina al diablo sentado en un trono de hielo[2]; su morada es el hielo del amor extinguido. Preguntémosnos entonces: ¿cómo se enfría en nosotros la caridad? ¿Cuáles son las señales que nos indican que el amor corre el riesgo de apagarse en nosotros?

Lo que apaga la caridad es ante todo la avidez por el dinero, «raíz de todos los males» (1 Tm 6,10); a esta le sigue el rechazo de Dios y, por tanto, el no querer buscar consuelo en él, prefiriendo quedarnos con nuestra desolación antes que sentirnos confortados por su Palabra y sus Sacramentos[3]. Todo esto se transforma en violencia que se dirige contra aquellos que consideramos una amenaza para nuestras «certezas»: el niño por nacer, el anciano enfermo, el huésped de paso, el extranjero, así como el prójimo que no corresponde a nuestras expectativas.

También la creación es un testigo silencioso de este enfriamiento de la caridad: la tierra está envenenada a causa de los desechos arrojados por negligencia e interés; los mares, también contaminados, tienen que recubrir por desgracia los restos de tantos naufragos de las migraciones forzadas; los cielos —que en el designio de Dios cantan su gloria— se ven surcados por máquinas que hacen llover instrumentos de muerte.

El amor se enfría también en nuestras comunidades: en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* traté de describir las señales más evidentes de esta falta de amor. Estas son: la acedia egoísta, el pesimismo estéril, la tentación de aislarse y de entablar continuas guerras fratricidas, la mentalidad mundana que induce a ocuparse sólo de lo aparente, disminuyendo de este modo el entusiasmo misionero[4].

¿Qué podemos hacer?

Si vemos dentro de nosotros y a nuestro alrededor los signos que antes he descrito, la Iglesia, nuestra madre y maestra, además de la medicina a veces amarga de la verdad, nos ofrece en este tiempo de Cuaresma el dulce remedio de la oración, la limosna y el ayuno.

El hecho de dedicar más tiempo a la *oración* hace que nuestro corazón descubra las mentiras secretas con las cuales nos engañamos a nosotros mismos[5], para buscar finalmente el consuelo en Dios. Él es nuestro Padre y desea para nosotros la vida.

El ejercicio de la *limosna* nos libera de la avidez y nos ayuda a descubrir que el otro es mi hermano: nunca lo que tengo es sólo mío. Cuánto desearía que la limosna se convirtiera para todos en un auténtico estilo de vida. Al igual que, como cristianos, me gustaría que siguiésemos el ejemplo de los Apóstoles y viésemos en la posibilidad de compartir nuestros bienes con los demás un testimonio concreto de la comunión que vivimos en la Iglesia. A este propósito hago mía la exhortación de san Pablo, cuando invitaba a los corintios a participar en la colecta para la comunidad de Jerusalén: «Os conviene» (2 Co 8,10). Esto vale especialmente en Cuaresma, un tiempo en el que muchos organismos realizan colectas en favor de iglesias y poblaciones que pasan por dificultades. Y cuánto querría que también en nuestras relaciones cotidianas, ante cada hermano que nos pide ayuda, pensáramos que se trata de una llamada de la divina Providencia: cada limosna es una ocasión para participar en la Providencia de Dios hacia sus hijos; y si él hoy se sirve de mí para ayudar a un hermano, ¿no va a proveer también mañana a mis necesidades, él, que no se deja ganar por nadie en generosidad?[6]

El ayuno, por último, debilita nuestra violencia, nos desarma, y constituye una importante ocasión para crecer. Por una parte, nos permite experimentar lo que sienten aquellos que carecen de lo indispensable y conocen el aguijón del hambre; por otra, expresa la condición de nuestro espíritu, hambriento de bondad y sediento de la vida de Dios. El ayuno nos despierta, nos hace estar más atentos a Dios y al prójimo, inflama nuestra voluntad de obedecer a Dios, que es el único que sacia nuestra hambre.

Querría que mi voz traspasara las fronteras de la Iglesia Católica, para que llegara a todos ustedes, hombres y mujeres de buena voluntad, dispuestos a escuchar a Dios. Si se sienten afligidos como nosotros, porque en el mundo se extiende la iniquidad, si les preocupa la frialdad que paraliza el corazón y las obras, si ven que se debilita el sentido de una misma humanidad, únense a nosotros para invocar juntos a Dios, para ayunar juntos y entregar juntos lo que podamos como ayuda para nuestros hermanos.

El fuego de la Pascua

Invito especialmente a los miembros de la Iglesia a emprender con celo el camino de la Cuaresma, sostenidos por la limosna, el ayuno y la oración. Si en muchos corazones a veces da la impresión de que la caridad se ha apagado, en el corazón de Dios no se apaga. Él siempre nos da una nueva oportunidad para que podamos empezar a amar de nuevo.

Una ocasión propicia será la iniciativa «24 horas para el Señor», que este año nos invita nuevamente a celebrar el Sacramento de la Reconciliación en un contexto de adoración eucarística. En el 2018 tendrá lugar el viernes 9 y el sábado 10 de marzo, inspirándose en las palabras del Salmo 130,4: «De ti procede el perdón». En cada diócesis, al menos una iglesia permanecerá abierta durante 24 horas seguidas, para permitir la oración de adoración y la confesión sacramental.

En la noche de Pascua reviviremos el sugestivo rito de encender el cirio pascual: la luz que proviene del «fuego nuevo» poco a poco disipará la oscuridad e iluminará la asamblea litúrgica. «Que la luz de Cristo, resucitado y glorioso, disipe las tinieblas de nuestro corazón y de nuestro espíritu»^[7], para que todos podamos vivir la misma experiencia de los discípulos de Emaús: después de escuchar la Palabra del Señor y de alimentarnos con el Pan eucarístico nuestro corazón volverá a arder de fe, esperanza y caridad.

Los bendigo de todo corazón y rezo por ustedes. No se olviden de rezar por mí.

Vaticano, 1 de noviembre de 2017
Solemnidad de Todos los Santos

Francisco

CELEBRACIÓN DE LA IMPOSICIÓN DE LA CENIZA

RITOS INICIALES

CANTO

HACIA TI, MORADA SANTA,
HACIA TI, TIERRA DEL SALVADOR,
PEREGRINOS, CAMINANTES,
VAMOS HACIA TI.

Venimos a tu mesa,
sellaremos tu pacto,
comeremos tu carne,
tu sangre nos limpiará.
Reinaremos contigo,
en tu morada santa,
beberemos tu sangre,
tu fe nos salvará.

Somos tu pueblo santo,
que hoy camina unido,
Tú vas entre nosotros,
tu amor nos guiará.
Tú eres el Camino,
Tú eres la esperanza,
hermano de los pobres,
Amén, Aleluya.

ENCOMENDACIÓN

Celebrante: Dios mío, ven en mi auxilio.

Asamblea: Señor, date prisa en socorrerme.

Celebrante: Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Asamblea: Como era en un principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Oremos, hermanos, para que con este gesto de la imposición de la ceniza erradiquemos el pecado en nosotros, apuremos la gracia y podamos dar testimonio de ser una comunidad parroquial que año con año se renueva a la luz del Evangelio.

*Nos ponemos de rodillas.
(Todos oran en silencio por un momento)*

Celebrante:

Que el día de ayuno con el que iniciamos, Señor, esta Cuaresma, sea el principio de una verdadera conversión a ti, y que nuestros actos de penitencia nos ayuden desde la parroquia a escuchar a nuestros hermanos y a nuestra comunidad, que el fruto de nuestro diálogo nos haga salir de nosotros mismos, nos permita compartir la vida y la alegría de caminar juntos. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo y es Dios, por lo siglos de los siglos.

R. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.



Lectura del santo Evangelio según san Juan
6, 52-59

En aquel tiempo, los judíos se pusieron a discutir entre sí: “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?”

Jesús les dijo: “Yo les aseguro: Si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no podrán tener vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día.

Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como el Padre, que me ha enviado, posee la vida y yo vivo por él, así también el que me come vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo; no es como el maná que comieron sus padres, pues murieron. El que come de este pan vivirá para siempre”.

Esto lo dijo Jesús enseñando en la sinagoga de Cafarnaúm.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor, Jesús.

CANTO

AUNQUE MARCHE POR LA OSCURIDAD,
NADA HE DE TEMER, PORQUE TÚ CONMIGO VAS,
MI PASTOR QUE ME HACE SOSEGAR.

Tú que me conduces a tus fuentes de paz,
tú me has bautizado, por tu senda voy.

Tú que me preparas tu mesa en la fe;
tú me das la copa, rebosando está.

Tú bondad conmigo llega hasta el final,
y mi vida entera, para ti será.

EXHORTACIÓN

Se trata de presentar a los fieles el aspecto “positivo” de la imposición de la ceniza, no solo como acto de dolor, sino además y sobre todo como un momento intenso de gracia y oración.

Se trata de que no solo mantengamos abierto nuestro corazón a los demás, sino además y sobre todo a tomar una actitud y una acción positiva y efectiva en favor de los pobres, los enfermos, los abandonados, los marginados.

Ser conscientes de ser una Iglesia en busca de la oveja perdida, de la oveja herida y a no sentir lastima por ellas, sino llenarnos del santo coraje de Dios y hacerles justicia como hijos de Dios que todos somos y, por lo tanto, merecedores de una vida digna de esta vocación.

Por tanto exhortamos a los fieles a que motivados y movidos por la gracia de Dios aceptemos de corazón volver nuestra mirada hacia él, y por él hacia nuestros hermanos convirtiéndonos de corazón y ponernos indiscutiblemente a su servicio.

Recordemos, además la práctica de las obras de misericordia:

Las Espirituales: Enseñar al que no sabe. Dar buen consejo al que lo necesita. Corregir al que yerra. Perdonar las injurias. Consolar al triste. Sufrir con paciencia los defectos del prójimo. Rogar a Dios por vivos y difuntos.

Las Corporales: Visitar y cuidar a los enfermos. Dar de comer al hambriento. Dar de beber al sediento. Dar posada al peregrino. Vestir al desnudo. Redimir al cautivo y enterrar a los muertos.

La práctica del ayuno en este día y el Viernes Santo, así como la abstinencia de carne todos los viernes.

El ayuno consiste en desayunar y cenar la mitad de lo acostumbrado, no comer entre horas y una comida normal. Ayunar es uno de los mandamientos de la santa madre Iglesia y es obligatorio para los mayores de edad hasta cumplir los 60 años.

En cambio, la abstinencia que debería ser todos los viernes del año es obligatoria a partir de los 14 años. Los invitamos a considerar el aspecto positivo de estas prácticas cuaresmales, en el sentido de fortalecer nuestro ser, tener un mejor control sobre nuestras tendencias y debilidades para ser y mostrarnos más íntegros.

IMPOSICIÓN DE LA CENIZA

*Acompañados por un canto penitencial,
los asistentes pasan uno por uno a que les impongan la ceniza.*

"ARREPIENTE Y CREE EN EL EVANGELIO".

O bien

"ACUÉRDATE DE QUE ERES POLVO Y AL POLVO HAS DE VOLVER".

CANTOS

PERDÓN, OH DIOS MÍO. PERDÓN E INDULGENCIA. PERDÓN Y CLEMENCIA. PERDÓN Y PIEDAD (2) . PERDÓN Y PIEDAD.

Pequé ya mi alma,
su culpa confiesa,
mil veces me pesa
de tanta maldad (2).

Mil veces me pesa
de haber obstinado
tu pecho rasgado
¡Oh suma bondad!

Mas ya, arrepentido,
te busco lloroso,
¡Oh Padre amoroso!
¡Oh Dios de bondad! (2)

Y Yo, en recompensa,
pecado a pecado,
la copa he llenado
de la iniquidad (2).

Yo fui quien de duro
madero inclemente
te puso pendiente
con vil impiedad (2).

PERDONA A TU PUEBLO, SEÑOR. PERDONA A TU PUEBLO, PERDÓNALE, SEÑOR.

Por tus profundas llagas tan crueles,
por tus salivas y tus hieles.
Perdónale, Señor.

Por las heridas de pies y manos,
por los azotes tan inhumanos.
Perdónale, Señor.

*Una vez concluida la imposición,
el Celebrante y sus ayudantes, se lavan las manos y,
se concluye con la Oración Universal de los Fieles.*

ORACIÓN UNIVERSAL DE LOS FIELES

Celebrante: Hermanos, con el empeño de que año tras año nuestras parroquias se renueven a la luz del Evangelio, pidamos a Dios al inicio de este santo tiempo de la Cuaresma que nos permita abrir nuestras mentes y corazones a la vida y necesidades de los demás para que en la Pascua podamos disfrutar de una comunidad parroquial más en diálogo donde se respire la suave fragancia de la resurrección de Cristo, y digamos con fe y esperanza:

R. QUE TU GRACIA NOS AYUDE, SEÑOR.

- Para que nos ejercitemos en el arte de orar, de escuchar y de dialogar con todos, oremos. **R.**
- Para que transformados por la Palabra de Dios salgamos de nosotros mismos, compartamos nuestra vida y manifestemos la alegría de caminar juntos, oremos. **R.**

- Para que desterremos de nuestras comunidades la exclusión de cualquier persona, ya por su condición, ya por su apariencia, o por sus ideas, oremos. **R.**
- Para que tengamos siempre en nuestro corazón y en nuestras prioridades pastorales mirar compasivamente a nuestra ciudad, a sus personas y a sus acontecimientos, oremos. **R.**
- Para que con alegría y esperanza nos solidaricemos de nuestro bien y el de todos, oremos. **R.**

Celebrante:

Padre que la palabra de Cristo habite en nuestra Comunidad Parroquial con toda su riqueza para tengamos amor, que es el vínculo de la perfecta unión, y así el mundo crea en tu Hijo Jesucristo, al que tanto amas y que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

DESPEDIDA

La Bendición se suprime debido al rito de la ceniza.

Celebrante: Con la convicción de prepararnos a la celebración de la Pascua, vayamos en paz.
Asamblea: **R. Demos gracias a Dios.**

CANTO

Todos unidos, formando un solo Cuerpo,
 un pueblo que en la Pascua nació,
 miembros de Cristo en sangre redimidos,
 Iglesia peregrina de Dios.

Vive en nosotros la fuerza del Espíritu
 que el Hijo desde el Padre envió.
 El nos impulsa, nos guía y alimenta;
 Iglesia peregrina de Dios.

SOMOS EN LA TIERRA SEMILLA DE OTRO REINO,
 SOMOS TESTIMONIO DE AMOR;
 PAZ PARA LAS GUERRAS Y LUZ ENTRE LAS SOMBRAS,
 IGLESIA PEREGRINA DE DIOS.

Rugen tormentas y a veces nuestra barca
 parece que ha perdido el timón,
 miras con miedo, no tienes confianza.
 Iglesia peregrina de Dios.

Una esperanza nos llena de alegría,
presencia que el Señor prometió.
Vamos cantando... El viene con nosotros.
Iglesia peregrina de Dios.

Todos nacidos en un solo Bautismo,
unidos en la misma comunión;
todos viviendo en una misma casa,
Iglesia peregrina de Dios.

Todos prendidos en una misma suerte,
ligados a una misma salvación,
somos un Cuerpo y Cristo la cabeza.
Iglesia peregrina de Dios.